



SEÑORES:

¡A fuerza de un inexorable destino gravita todavía sobre nosotros. Muy pronto volvemos á reunirnos para lamentar otro de sus golpes, descargado sobre la preciosa existencia del Dr. D. Miguel F. Jimenez, Catedrático de Clínica Interna en esta Escuela.

Para ensalzar dignamente la memoria de esa gigantesca figura de la Ciencia, de ese atleta de la Gloria, cuyos restos se encierran en aquel féretro, me siento tan pequeño, que habria declinado la honra de mi cometido, si no me arrastrasen imperiosamente á este sitio la admiracion y el respeto debidos al maestro, y el ardiente deseo de unir mi contingente al tributo unánime de amargura que su muerte entraña.

Quede á otros la tarea de narrar las virtudes del que fué la más valiosa joya de la medicina nacional. En cuanto á mí, no puedo sino sentirlas y admirarlas.

Ciego ante los destellos del astro luminoso de una privilegiada sabiduría; estático ante los ecos de una fama universal; mudo ante la elocuente perspectiva de una vida toda amor, ciencia y filantropía: yo solo miro un vacío inmenso, en el hogar, en la cátedra, en las Academias, entre los benefactores de la humanidad; solo llegan á mis oídos las quejas de la familia, del amigo, del compañero, del discípulo; y de mis labios solo se escapa un triste gemido que arranca el dolor.

¡Solo la muerte pudo traernos tan grande é irreparable pérdida! ¡Solo ella pudo reducir á la soledad que nos rodea, la alegría, la dulce satisfaccion, la fuente de sábias lecciones, el gérmen de risueñas esperanzas que para nosotros simbolizaba la presencia de un sér tan querido!

¡Solamente ella no se conmovió ante la grandeza de la victima que inmolaba, ni retrocedió ante el horrible panorama de las ruinas que su devastadora mano iba á producir!

Es cierto que en los fenómenos de la vida va imbibido el germen de la descomposicion, y que el hombre no nace sino para morir: es cierto tambien, que hay un «Hasta aquí,» contra el que nada pueden la virtud, el talento ni la dicha; es cierto, por último, que el Dios de bondad, que colmó de dones á su criatura, tiene el derecho de cortar el hilo de sus días, segun su beneplácito. La mente del pensador, y sobre todo, la del cristiano, lo comprende así; pero el corazon, ese órgano rebelde del cariño, ese tirano del sentimiento que, impasible ante el peligro, se doblega al dolor; el corazon se opone, se resiste á semejante idea, y no puede conformarse con ella.

Por eso nosotros, que vemos en el acontecimiento que aquí nos reune, una manifestacion de la naturaleza; que tenemos un precioso legado en el ejemplo que para imitarlo nos deja el Dr. Jimenez; que estamos dispuestos á no abandonar ni un instante la senda que él nos trazó, nosotros estamos, sin embargo, abatidos, pesarosos; nosotros estamos de duelo.

.....

Maestro: la Asociacion médica «Pedro Escobedo,» que miraba en tí al más insigne de sus socios honorarios, profundamente herida por tu separacion de su seno, me envía para traerte la expresion de su amargura y la ofrenda de su cariño.

¡Maestro! duerme en paz, y está seguro de que tu gloria no quedará encerrada bajo la losa de tu sepulcro: ella tendrá por pedestal el universo entero.—HE DICHO.

MANUEL GUTIÉRREZ.

